



El inicio de la temporada en el gran teatro público catalán



Pulso de altura en el TNC

CRÓNICA Homar y Pou dejan su impronta en la atmósfera enclaustrada de 'Terra de ningú'

► David Selvas, Ramon Pujol, Josep Maria Pou (sentado) y Lluís Homar, en el salón de 'Terra de ningú'.

JOSÉ CARLOS SORRIBES
BARCELONA

De las muchas capas, y no todas de fácil descubrimiento, que tiene *Terra de ningú*, de Harold Pinter, quizá la más aconsejable de seguir sea dejarse atrapar por las palabras de uno de sus dos personajes clave, ese poeta de aire despistado que calza sandalias y viste un traje desastroso. Oficiará de ángel/caballero reductor de un viejo compañero, hoy un escritor de éxito a las puertas del

ocaso, y no solo artístico también vital. Porque de ese Spooner, a quien Lluís Homar conduce a terrenos de la excelencia interpretativa absoluta, brotan frases elevadas que, por sí solas y con una traducción (otra más) maravillosa de Joan Sellent, hacen obligada la visita a la Sala Petita del Teatre Nacional de Catalunya. Allí se estrenó el jueves la primera producción de la era *Albertí*, bajo la batuta del nuevo director artístico, al margen de la gala inaugural y festiva que fue *Taxi... al TNC!* en la Sala Gran.

La obra de Pinter no es de digestión fácil, y sí destinada a un espectador avezado y dispuesto a escuchar

No resulta *Terra de ningú* una pieza de digestión fácil. No es teatro para cualquier paladar, no, y sí una obra destinada a espectadores avezados y dispuestos a escuchar. No da respiro y pide atención constante so pena de una desconexión peligrosa. Si el teatro es, casi siempre, actor y palabra, en este texto de 1974 la máxima parece innegociable. Pinter lo escribió en una época de *zozobra* personal (en medio de una ruptura matrimonial no sin escándalo) y se ha interpretado el personaje de

Hirst (Josep Maria Pou) como su alter ego. Un perfil de triunfador que debe afrontar el declive existencial, con aire oscuro y apesadumbrado, y que solo halla refugio en la bebida. De ahí que un espectacular mueble bar centre un espacio escénico sin alardes pero perfecto para la atmósfera enclaustrada de la obra.

AL SERVICIO DE LOS ACTORES / Albertí ha planteado una sobria y medida puesta en escena al servicio de los actores. Muy grandes, en su caso, y no solo de talla física. Ahí es nada reunir a Lluís Homar y Josep Maria Pou, requisito innegociable para un texto de este calibre y que nunca antes se había estrenado en España. Una pieza en la que se dicen muchas cosas, con reflexiones acerca del arte, la muerte, la memoria, el paso del tiempo o la amistad, y también algunas notas de humor, pero pasan muchas menos. O ninguna.

Homar tiene un dulce entre sus manos y libra una descomunal actuación, sin excesos y con gran seducción

Se desarrolla *Terra de ningú* en dos encuentros, una velada vespertina y otra matinal entre dos viejos colegas de Oxford, salpicados por la irrupción de los sirvientes de Hirst (David Selvas y Ramon Pujol), dos personajes de encaje algo forzado ante la dimensión de los principales. Son los fieros guardianes de la guarida de Hirst, física y emocional, de la que Spooner intenta sacarlo.

NI UN EXCESO / Homar disfruta del caramelo de *Terra de ningú* y despacha un trabajo descomunal, lleno de matices y sensibilidad, sin un exceso y con una capacidad de seducción que te llevaría a estar horas escuchándole. Pou, mientras, deambula firme en el lado oscuro. Hirst está más tiempo ebrio que sobrio y el insigne actor demuestra, por ejemplo, que está en plena forma física con tres o cuatro costalazos de borracho de los que más de uno no se levantaría. ≡